

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 89

*Dossier: La Literatura de Resistencia a la
Violencia Urbana, Coordinan, María Rosa Lojo y
Marcela Crespo Buiturón*

Article 9

2019

Poeta y sujeto lírico: La construcción del yo en los poemas de Raúl Gómez Jattin

Natalia Villamizar

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Villamizar, Natalia (April 2019) "Poeta y sujeto lírico: La construcción del yo en los poemas de Raúl Gómez Jattin," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 89, Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss89/9>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

POETA Y SUJETO LÍRICO: LA CONSTRUCCIÓN DEL YO EN LOS POEMAS DE RAÚL GÓMEZ JATTIN

Natalia Villamizar
Universidad de Potsdam, Alemania

I.

En 1980 Raúl Gómez Jattin publica su primer libro, *Poemas*. Por ese entonces habían transcurrido ya varios años desde el regreso del poeta a Cereté –ciudad donde transcurrió su infancia– después de haber abandonado sus estudios de derecho en Bogotá y de haber incursionado como actor y dramaturgo en el mundo del teatro capitalino. Con aquel primer libro se inauguraba la intensa obra del escritor cereteano, que culminaría con la edición póstuma de sus últimos poemas, recopilados en *El libro de la locura* y publicados tres años después de su trágica muerte, ocurrida en la misma ciudad que lo vio nacer, Cartagena, en 1997. Sin embargo, los libros que le otorgaron mayor reconocimiento en el panorama de la poesía colombiana de fin de siglo fueron realmente aquellos que antecedieron a aquella edición póstuma, no del todo bien acogida por la crítica. Fueron *Poemas*, su *Tríptico cereteano* (1988) –compuesto por los poemarios *Retratos*, *Amanecer en el Valle del Sinú* y *Del amor*–, más adelante *Hijos del tiempo* (1992) y –en menor medida– *El esplendor de la mariposa* (1993), las obras que convirtieron a Gómez Jattin en una figura en el ámbito literario colombiano. Tanto como su poesía, lo que cautivó al público desde un comienzo fue también la vida excepcional de este poeta del Caribe, ese conjunto de episodios delirantes que se veían en parte reflejados en una literatura desgarradora y al mismo tiempo vitalista. Sus crisis mentales, su experimentación con las drogas, su pansexualidad –como él mismo solía denominarla–, su trasegar por las calles y hospitales mentales, al mismo tiempo que una obra que se

convertía en testimonio de todo ello, hicieron de él una leyenda viva. Tal como afirma Luis Germán Sierra, Raúl Gómez Jattin se convirtió en un espectáculo (2010: 740). Su obra provocativa, su vida perturbadora, la incompreensión de los habitantes de su provinciana Cereté, su muerte trágica –de la que no se supo con certeza si se trató de un suicidio o un accidente–, hicieron que se lo vinculara con los poetas malditos y que se viera en él una suerte de Porfirio Barba Jacob contemporáneo.

Al ser la de Gómez Jattin una obra que remite inevitablemente a la propia vida del poeta, su escritura se ha interpretado con frecuencia como un reflejo de la vida del autor, como un documento autobiográfico, lo que ha conllevado al problema de querer disolver, o disolver insospechadamente, la necesaria distinción que existe entre el poeta como sujeto empírico y el personaje poético como yo lírico. Sin embargo, creo que es precisamente sobre la base de tal distinción que es posible comprender la obra de este escritor colombiano en su complejidad y entender el vínculo esencial que se establece entre el autor y su poesía. Las páginas que siguen procuran demostrar que lo que se lleva a cabo en la poesía de Raúl Gómez Jattin es, por una parte, la construcción de un personaje poético que se nutre de las vivencias del autor empírico pero que no se identifica con éste. Al mismo tiempo, el poema y la construcción de un yo lírico evidenciarían el esfuerzo del autor por construir su propia subjetividad. De este modo, más que plasmarse a sí mismo en los poemas, lo que hace el poeta es configurar su yo a través de la poesía, de tal modo que el poema se presenta no como un reflejo, sino como el lugar donde confluyen dos subjetividades en construcción.

Para este estudio partiré de la definición de María Isabel Filinich de sujeto enunciador, considerado como “una instancia subyacente a todo enunciado, que trasciende la voluntad y la intención de un individuo particular, para transformarse en una figura constituida, moldeada por su propio enunciado existente sólo en el interior de los textos” (1999: 39). Asimismo, me apoyo en los planteamientos de Diana Alejandra Espinoza Elías en torno a la complejidad de la identidad en el discurso lírico. La enunciación lírica, de acuerdo con ella, lejos de ser un elemento establecido, se presenta como un “prisma de posibilidades del decir”, un conjunto de posturas enunciativas cambiantes que, más allá de tener una función emotiva o expresiva –función propia de la poesía romántica–, presentan al yo como “una instancia fronteriza de varios discursos”, como un ente complejo, abierto y multívoco que se configura en el interior del poema (2006: 73-74). Como se verá, en la obra de Raúl Gómez Jattin se hacen manifiestas estas concepciones del sujeto enunciador lírico y del discurso poético que permiten repensar la práctica poética y la dinámica que se establece entre las subjetividades que participan en ella.

II.

La pregunta en torno a quién habla en el poema, que ha inquietado a los teóricos de la literatura desde la oposición nietzscheana al romanticismo y la posterior formulación de los postulados de los simbolistas franceses, parece no inquietar tanto a algunos lectores de Raúl Gómez Jattin, para quienes la respuesta sigue siendo en apariencia la misma dada por la tradición romántica: el poeta. En efecto, la crítica postula de manera reiterada y casi siempre tácita una completa identidad entre el poeta Gómez Jattin y el sujeto lírico presente en sus poemas. A ello ha conducido, como se mencionó más arriba, el carácter testimonial de una poesía que con frecuencia hace referencia a personas, lugares y sucesos que hicieron parte de la vida del poeta, así como también el hecho de que el mismo hablante lírico se identifique a sí mismo en algunos poemas con el nombre del autor. No es este pues el caso de una poesía carente de marcas que den una indicación sobre la identidad del sujeto enunciador, pues tenemos, por una parte, un yo lírico acompañado de un conjunto de presencias –familiares, amigos, enemigos, vecinos y amantes– que acuden con nombres propios a las páginas de los poemarios, así como un cronotopo que se configura a lo largo de varios poemas, de manera particular en la segunda parte del *Tríptico cereteño*, donde el personaje poético evoca su entrañable tierra natal. Allí encontramos poemas que nos hablan del Valle del Sinú, de Cereté, de Córdoba, de San Pelayo. Sin embargo, estas marcas no hacen que la caracterización del hablante lírico sea menos problemática; más bien lo contrario. Sabemos que existe un correlato real para esos personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en la obra poética, pero ello constituye tan sólo una indicación que viene acompañada por la pregunta por el tipo de relación que se establece entre ambos universos, el universo del poema y el de la realidad efectiva de la cual éste se nutre.

En primer lugar, debemos señalar que, si bien no es posible afirmar que el yo lírico es el mismo yo del poeta, constituye sí su propia construcción, su personaje. Pero más importante aún en el caso de Gómez Jattin resulta el reconocimiento de que la voz lírica constituye un doble del poeta, y un doble que, además, se sirve a su vez de máscaras, se oculta por momentos en la voz de otro, se traslada en ocasiones hacia una tercera persona. El poema “Retrato”, que hace parte de *El esplendor de la mariposa*, y que en un primer momento podría llevar a pensar que una identificación entre poeta y personaje poético es incluso invocada por el autor mismo, nos revela que, muy por el contrario, la distinción está justamente allí instaurada.

Si quieres saber del Raúl
 que habita estas prisiones
 lee estos duros versos
 nacidos de la desolación

Las palabras que el yo lírico dirige a un tú –en este caso un enunciatario indeterminado– hablan de un Raúl, el que habita “estas prisiones”, y sugieren la existencia de otro Raúl. La caracterización de ese otro resulta por el momento una incógnita –¿habita quizá otro tipo de prisiones? ¿es un yo libre o fugitivo?–, pero lo que sí es posible determinar es la existencia de dos sujetos cobijados por un mismo nombre. En el caso del poema citado, el desplazamiento del nombre propio a una tercera persona y el anonimato en el que queda la voz que enuncia, dan cuenta de la mutabilidad de un sujeto que en ocasiones se presenta como hablante lírico, otras como el tú a quien se dirige el hablante, a veces como un tercero al que alude el enunciado del yo. “Ellos y mi ser anónimo”, el poema con el que finaliza la segunda parte del poemario *Retratos*, da cuenta de esa multiplicidad que encarna el personaje poético.

Es Raúl Gómez Jattin todos sus amigos
 Y es Raúl Gómez ninguno cuando pasa
 Cuando pasa todos son todos
 Nadie soy yo Nadie soy yo
 [...]
 Así vive en ellos Raúl Gómez
 Llorando riendo y en veces sonriendo
 Siendo ellos y siendo a veces también yo blanco papel

En los versos anteriores resuenan las palabras de Rimbaud: *Je est un autre*. Ya no se trata ciertamente de un cogito cartesiano, claro y distinto, que impregnara la lírica del romanticismo y frente al cual se rebelara el poeta francés al afirmar: “Es falso decir: yo pienso. Se debería decir: se me piensa”. En estas palabras dirigidas en una carta a Georges Izambard el joven Rimbaud anticipa un fenómeno que estará muy presente en la literatura posterior y que se encuentra elaborado ya en la filosofía de Nietzsche: la descomposición del yo.¹ Al declarar “yo es otro” la relación de identidad del yo consigo mismo es quebrada; el yo es entonces identificado con su opuesto, el otro. En este sentido, el poema “Ellos y mi ser anónimo” presenta a Gómez Jattin como heredero de esa tradición de poetas y pensadores que subvierten la noción del yo como sustancia única, concreta, definida, estable. De este modo, en Jattin el desdoblamiento del yo no se limita a la instauración de la dicotomía entre sujeto empírico y sujeto lírico, sino que implica al mismo tiempo la fragmentación de uno y otro. Al desintegrar la identidad del yo, se

instaura una multiplicidad, el “ellos” del poema, y en tanto que lo otro es lo que configura la identidad del sujeto, la relación entre poeta y personaje poético se hace recíproca. Ya no es entonces sólo el sujeto lírico quien se nutre de las experiencias del autor empírico, sino que éste, a su vez, edifica una suerte de personalidad a partir del universo que se origina en el poema. Así también lo sugiere Carlos Monsaváis en el prólogo que hace a la antología poética publicada por el Fondo de Cultura Económica y que toma el título de uno de los libros del poeta: *Amanecer en el Valle del Sinú*. Afirma Monsaváis que “a Gómez Jattin le importa, de modo casi literal, internarse en sus textos, adoptar la identidad que éstos le concedan” (2004: xix). Es importante tener en cuenta aquí la exploración del poeta en el ámbito del teatro, su experiencia como actor y dramaturgo durante su estancia en Bogotá, pues si bien para finales de la década del setenta abandona el mundo de las tablas, Raúl Gómez haría de su vida, en cierto modo, una puesta en escena, convirtiéndose a sí mismo en el intérprete del personaje poético de su obra. Así también lo señala Heriberto Fiorillo en su libro *Arde Raúl*, cuando narra el desquiciado episodio con el que culmina su participación en el grupo de teatro que dirigiera Carlos José Reyes: “no estaba diciendo adiós al teatro. Estaba, por el contrario, incorporándolo sin atenuantes a su propia vida” (2004: 165). Así pues, es posible pensar que varios sucesos en la vida del poeta constituyen hasta cierto punto performances en los que el sujeto empírico, más que mostrarse a sí mismo, lo que hace es asumir la imagen de otro, darle a un personaje lírico otra forma de existencia que sobrepasa las fronteras del poema escrito. Ello muestra la dinamicidad y reciprocidad que domina la relación entre el yo del poeta y el yo lírico, relación en la que el poema revela ser mucho más que un simple reflejo o testimonio de una serie de vivencias de la realidad efectiva.

III.

En su artículo sobre Raúl Gómez Jattin, William Ospina señala como una de las obsesiones del poeta la configuración de su propio retrato (2002: 257), asunto al que se han referido también otros críticos y comentaristas. Considero, sin embargo, que no se trata de un tema que aparezca junto a otros igualmente recurrentes en la obra del poeta, como serían la naturaleza, el erotismo, la soledad y la memoria. Antes bien, el problema de la identidad del yo es el eje sobre el cual todos los demás temas de la poética de Gómez Jattin se encuentran articulados. Pero toda vez que se hace manifiesta la desintegración del yo en los versos del poeta –tal como se indicó más arriba–, la construcción del sujeto lírico resulta ser, en consecuencia, un proceso inconcluso, y la elaboración de su retrato, una tarea inacabada que se encuentra siempre en movimiento.

Detengámonos nuevamente en el poema "Ellos y mi ser anónimo":

Es Raúl Gómez Jattin todos sus amigos
 Y es Raúl Gómez ninguno cuando pasa
 Cuando pasa todos son todos
 Nadie soy yo Nadie soy yo

El yo, indica el poema, es también los otros, lo que ellos toman de él y la imagen que a partir de allí deciden recrear. Pero al mismo tiempo ese yo es algo distinto a lo que los otros ven pasar, es "nadie", es decir, lo desconocido, lo oculto, lo que no se muestra, lo anónimo; de allí el título del poema y la fuerza de la anáfora con que concluye la primera estrofa: "Nadie soy yo Nadie soy yo".

El poema parece ser entonces el lugar donde está en juego la revelación del yo. Sin embargo, el resultado puede no ser afortunado: sería el caso de aquellos versos que no logran dar cuenta de la naturaleza del yo. En efecto, son varios los poemas que, a lo largo de toda la obra de Gómez Jattin, hablan del intento fallido de construir un retrato del sujeto enunciador lírico. Así por ejemplo, en "Ante un espejo oscuro", la imagen de un hombre joven contemplada ante el espejo desdice los rasgos reales del yo lírico y desfigura su verdadero rostro, el del hombre envejecido y abatido:

Como una corriente quieta manchada de petróleo
 que iridisa y apaga una imagen que no reconozco
 Ante un espejo oscuro aún soy un hombre joven
 Esos no son mis ojos Son demasiado bellos
 para ser míos No tengo esos fulgores
 ni esas pestañas iluminadas de adolescencia

El símil en el primer verso parece ratificar el carácter fluctuante del yo: nombra la corriente y advierte al mismo tiempo que la quietud no es el elemento indicado para reflejar el yo en su movilidad, para retratar su compleja naturaleza. La quietud conserva la mancha, acoge la sombra; no permite renovar el curso de las aguas que han de retratar a quien se observa en ellas. Así, la inmovilidad y oscuridad del espejo entregan una imagen adulterada, de esplendores idos y fulgores inexistentes. Lejos de complacerse en el engaño, el sujeto deja en evidencia la falsedad de la imagen y descubre su verdadera naturaleza; habla entonces de la decadencia del cuerpo, del quebranto del espíritu:

No aparecen mi prematura calva Ni el abotagamiento
 inicial de mis duros cuarenta años vividos
 entre la soledad y la locura Mi boca

destruida en su tierna intimidad no acusa el daño

La nariz y la barbilla muestran un equilibrio
que nunca han mantenido Con cierta sombra apolínea

El sujeto enunciador lírico termina por otorgar a la imagen falseada el carácter de perverso artificio: “Ese espejo tiene algo de alcahuete de la vida / De generoso prostituto que me regala una maldad”. En la renuncia al engaño parecen verse reflejados los principios que guían la palabra poética en Gómez Jattin: sondear continuamente esa inestable identidad del yo, su carácter fluctuante, su mutabilidad; pero sobre todo, resistir el peso y el dolor de las palabras, pues sólo a través de ellas es posible descubrir la compleja naturaleza del yo. Así lo confirma la exhortación que el yo lírico se dirige a sí mismo en la estrofa final del poema “De lo que soy”:

Descifro mi dolor con la poesía
Y el resultado es especialmente doloroso
voces que anuncian: ahí vienen tus angustias
Voces quebradas: pasaron ya tus días.

La poesía es la única compañera
acostúmbrate a sus cuchillos
que es la única

La palabra poética constituye pues un ejercicio de autoconocimiento, de autodesciframiento, y esto vale tanto para el poeta como para el lector de poesía. A través de ella el yo se ve confrontado consigo mismo y con la alteridad, para finalmente constatar, en primer lugar, que ese otro forma parte íntima de sí mismo, lo atraviesa y determina; y en segundo lugar, que su subjetividad no constituye un ente concluido, sino un proceso siempre inacabado. No encontramos pues en Raúl Gómez Jattin la pregunta por el sentido –o sinsentido– que tiene escribir poesía, pregunta que inquietara a no pocos poetas de su tiempo.² El escepticismo viene más bien dado por la posible incapacidad de cumplir con la tarea de autodesciframiento y autoconstrucción que impone la poesía. Si esta tarea fracasa, la palabra poética se convierte en su contrario, deja de ser compañera y se convierte en enemiga, tal como leemos en “Un probable Constantino Cavafis a los 19”:

Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas
El amor entre hombres
Fumar marihuana
Y escribir poemas
Mañana se levantará pasado el mediodía

Tendrá rotos los labios
 Rojos los ojos
 y otro papel enemigo

Le dolerán los labios de haber besado tanto
 Y le arderán los ojos como colillas encendidas
 Y ese poema tampoco expresará su llanto

La poesía es un rito peligroso. El peligro consiste en quebrantar los principios—señalados más arriba—en que se funda el ejercicio de escritura. Transgredirlos implica crear una imagen falseada del yo, simplificar su naturaleza, ignorar sus conflictos y su comunión con la alteridad, rehuir el dolor que comporta la confrontación consigo mismo y con lo otro. Pero el dolor que produce la poesía, nos dice Gómez Jattin en su poema “Me definiendo”, es el dolor de un dar a luz, el dolor fecundo del nacimiento:

Antes de devorarle su entraña pensativa
 Antes de ofenderlo de gesto y de palabra
 Antes de derribarlo
 Valorad al loco
 Su indiscutible propensión a la poesía
 Su árbol que le crece por la boca
 Con raíces enredadas en el cielo

Él nos representa ante el mundo
 Con su sensibilidad dolorosa como un parto

Para Juan Antonio Malaver Rodríguez, el árbol que crece por la boca “hace referencia directa a las palabras disparatadas que emite un desequilibrado”; las raíces que se extienden al cielo indican, según el crítico, que el poeta “se sublimiza y se eleva lejos de la realidad que no permite valorar a los hombres” (2005: 121-122). Algo muy distinto, a mi modo de ver, subyace en los citados versos del poema “Me definiendo”. Pues si se considera al poeta como loco, no es ciertamente por ser un desequilibrado mental, sino por ser un transgresor. El poeta transgrede las normas del lenguaje y, con ello, las normas mismas del pensamiento, normas que llevan, por ejemplo, a concebir al yo como un ente estático y a la realidad dada como algo incuestionable. Tal como lo afirmara Rimbaud, el acto de creación poética presupone un desorden de los sentidos, pero con ello no se indica que el poeta, o quien lee poesía, se eleva lejos de la realidad; por el contrario, el encuentro con la palabra poética es el acto de penetrar en la realidad, de liberarla de su pretendido carácter estático y de dejar al descubierto su naturaleza maleable, su capacidad de transformarse —al igual que el yo— en algo otro. No son entonces las del poeta palabras disparatadas, sino las palabras de quien “nos representa

ante el mundo”, quien es capaz de indagar sin concesiones en su propia naturaleza, en su ser-otro, y a partir de allí dar a luz, engendrar un nuevo conocimiento de sí mismo.

Como se ha mostrado, la obra poética de Raúl Gómez Jattin revela una compleja relación entre autor empírico y sujeto enunciador lírico, en tanto dicha relación se encuentra regida por un doble movimiento dinámico. De un lado, una acción de mutua construcción de ambas subjetividades, lo que lleva a que diversas formas de desdoblamiento y multivocidad tengan lugar en el poema, y que se dé, asimismo, una continua confrontación entre el yo y la alteridad. De otro lado, la dinamicidad está dada por el carácter fluctuante del yo, por su mutabilidad, lo que implica que la construcción de las subjetividades sea un proceso siempre renovado, inconcluso. Así, en Gómez Jattin la palabra poética se presenta como una constante acción de desciframiento del yo y del ser otro.

NOTAS

1 Véase: Esteban Tollinchi. *Los trabajos de la belleza modernista. 1848-1945*. Universidad de Puerto Rico, 2004, pp. 182 y ss.

2 Véase: María Mercedes Carranza. “Poesía colombiana posterior al Nadaísmo”. En: *Manual de literatura colombiana*, Tomo II. Procultura-Planeta, 1988, pp. 237-266.

OBRAS CITADAS

Carranza, María Mercedes. “Poesía colombiana posterior al Nadaísmo”. En: *Manual de literatura colombiana*, Tomo II. Procultura-Planeta, 1988, pp. 237-266.

Espinosa Elías, Diana Alejandra. “El sujeto enunciador lírico: aproximaciones a su problemática”. En: *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, No. 33, 2006, pp.65-77.

Filinich, María Isabel. *Enunciación*. EUDEBA, 1999.

Fiorillo, Heriberto. *Arde Raúl. La terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin*. La Cueva, 2004.

Gómez Jattin, Raúl. *Amanecer en el Valle del Sinú. Antología poética*. Fondo de Cultura Económica, 2004.

Malaver Rodríguez, Juan Antonio. “La naturaleza como escenografía asociada. Evocación de lo que nunca se olvida en la poesía de Gómez Jattin”. *Hojas Universitarias*, No. 57, 2005, pp. 110-123.

Monsiváis, Carlos. “Prólogo”. En: Gómez Jattin, Raúl. *Amanecer en el valle del Sinú. Antología poética*. Fondo de Cultura Económica, 2004.

Ospina, William. "El país de Raúl Gómez Jattin". En: *Por los países de Colombia. Ensayos sobre poetas colombianos*. Fondo Editorial Eafit, 2002, pp. 253-262.

Sierra, Luis Germán. "Panorama de las tres últimas décadas". En Carranza, Maria Mercedes (Ed). *Historia de la poesía colombiana*. Casa Silva, 2010, pp. 697-843.

Tollinchi, Esteban. *Los trabajos de la belleza modernista. 1848-1945*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2004.